



MONUMENTO A

JOSE MARTI, EN NUEVA YORK.

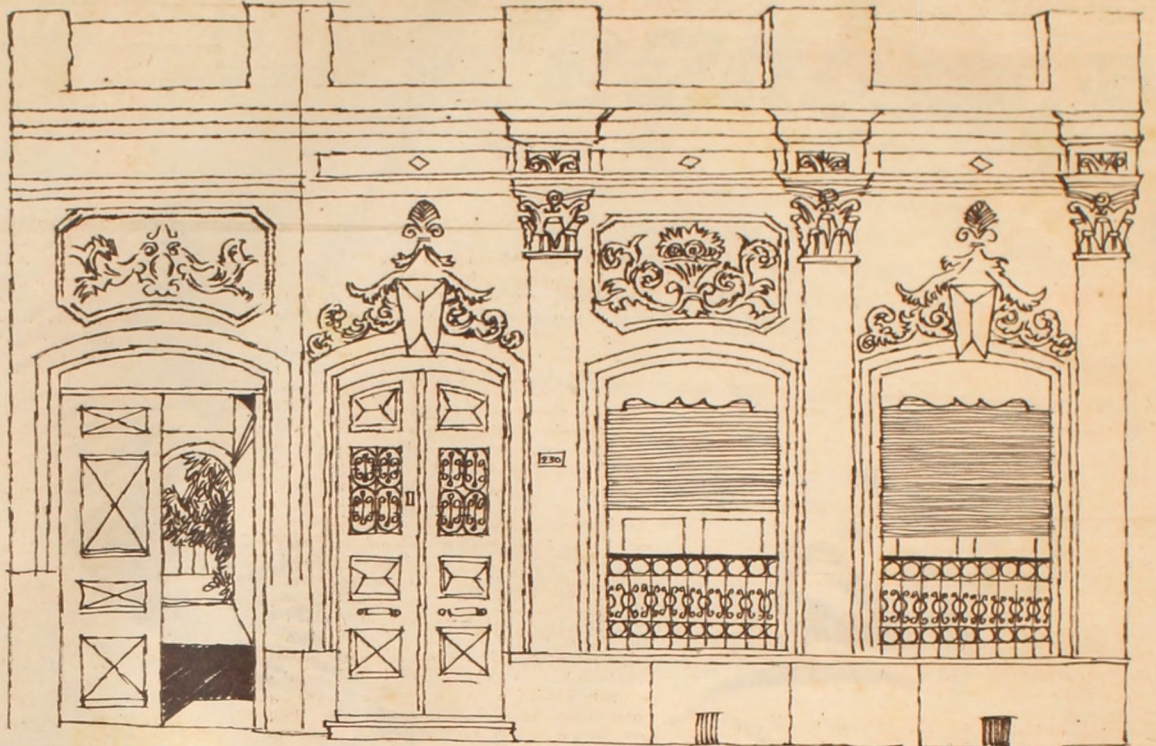
En el famoso Parque Central, de Nueva York, se inaugurará el día 28 de enero próximo, 106 aniversario del nacimiento de José Martí, un monumento ecuestre, en bronce, que será ubicado entre las estatuas de Simón Bolívar y José de San Martín. La obra es de la famosa escultora norteamericana Anna Hyatt Huntington.

Del Montevideo Antiguo — BALCONES Y REJAS

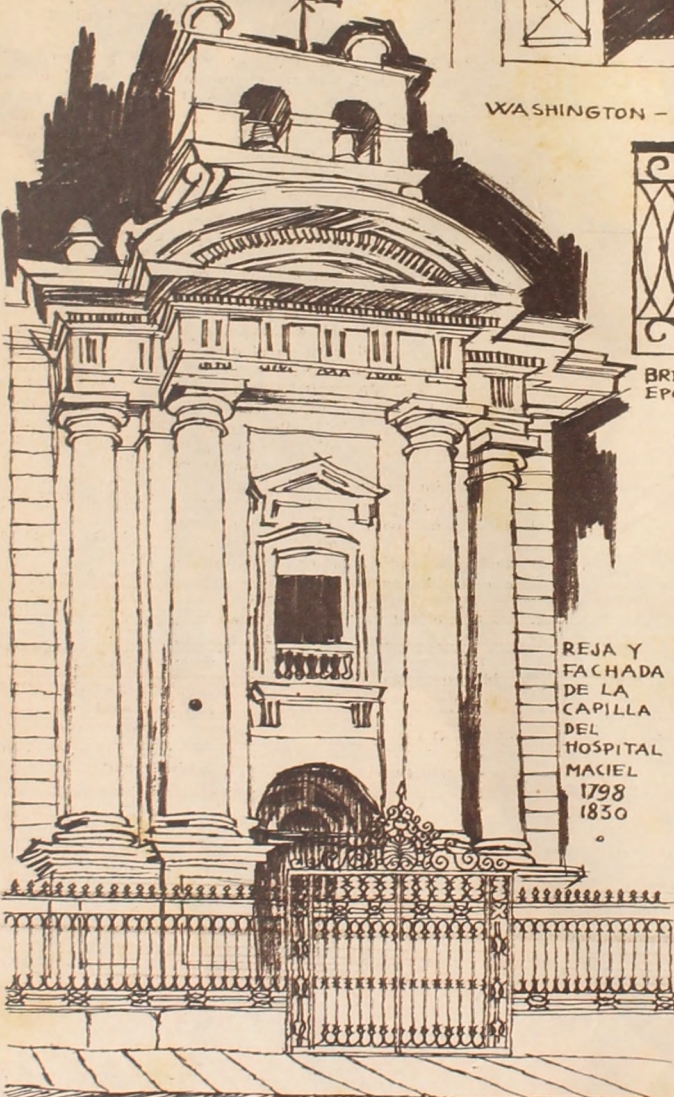
DIBUJO DE FOSSEY



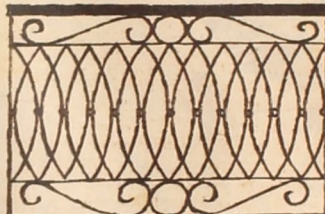
REJA CON
INICIALES
PATIO DE LA
FINCA
WASHINGTON
230
EPOCA
COLONIAL



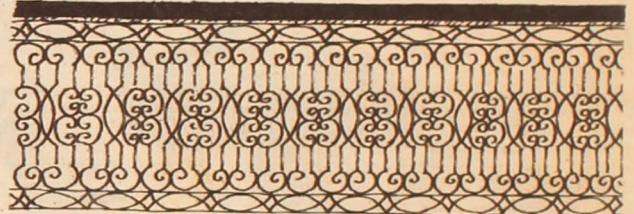
WASHINGTON - 230-232



REJA Y
FACHADA
DE LA
CAPILLA
DEL
HOSPITAL
MACIEL
1798
1830



BRECHA 558
EPOCA COLONIAL



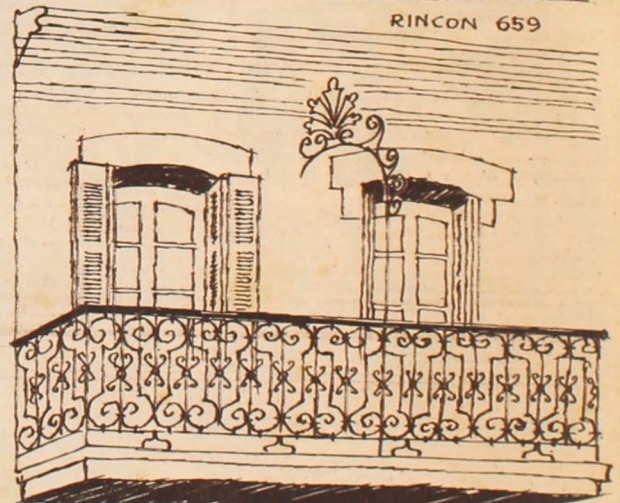
BUENOS-AIRES esq. JUNCAL



RINCON 659



CASA DE DON JUAN F. GIRO
CERRITO 586



PIEDRAS 468
EPOCA COLONIAL

BUENOS-AIRES 524

Montevideo 1959
PIERRE FOSSEY

TACUAREMBO

enciende

nuevas

luces...



Minutos después de habilitado el nuevo sistema lumínico, un aspecto de la Plaza "19 de Abril", frente al Concejo Dptal.

CUANDO hace apenas ocho meses el Tacuarembó Chico hinchaba la vena oscura de su cauce, para lanzarla luego — convertida en un torrente líquido — sobre la ciudad homónima, se necesitaba una dosis especial de optimismo para que alguien se animara a vaticinar que aquella pintoresca capital estaría, poco menos que inmediatamente, dispuesta a emprender la senda de una vigorosa recuperación material.

Ochenta y dos manzanas arrasadas, casi un millar de pobladores sin techo y un clima completamente enojado, no eran, por cierto, estimulantes propicios para abocarse a semejante empresa...

Y no se podía pensar, por cierto, en una ayuda especial por parte de las autoridades nacionales, ya que otras zonas del país, igualmente devastadas, urgían también el socorro de la colectividad.

Tacuarembó prosiguió, pues — una vez disipadas las desazones iniciales — su vivir sin prisa pero sin pausa, en procura de su rehabilitación y en pos de las conquistas que antes del desastre habían concebido gobernantes y pobladores.

Demás está decir que lo de abril empieza a parecer un poco lejos. Por lo menos, en lo que vendría a constituir el casco urbano de Tacuarembó. En el que la mano humana sigue marcando los hitos del progreso.

Lo más importante de todo ello está representado por la total constatación del pueblo con la obra del poder público. Hay una espontánea adhesión popular del tacuarembense a todo lo que sea realización de beneficio colectivo. Porque, además, y también es necesario subrayarlo, la población ha sido el auténtico venero de las iniciativas.

Como en el caso del alumbrado con lámparas de gas de mercurio, inauguradas el sábado 5 en las principales calles de la ciudad: 18 de Julio y 25 de Mayo, entre Dr. Catalina y Paysandú; unas catorce cuadras en total.

Ni siquiera la lluvia — inoportuna según su modalidad 1959 — trabó demasiado la celebración popular. Porque si bien es cierto que en momentos de iniciarse la ceremonia la concurrencia dudó un tanto, bien pronto se disipó todo prejuicio y el pueblo se volcó en la plaza "19 de Abril" y en el Concejo Departamental, en una evidente demostración de fe que debe haber influido poderosamente para que los chubascos se batieran en franca retirada...

La oratoria en el Concejo, el ulular de la sirena de los bomberos, dando la orden para poner en marcha el

alumbrado, fueron los prolegómenos de la posterior eclosión humana, que duró hasta el alba, atestando bares y confiterías.

Es que el nuevo alumbrado había sido también una iniciativa popular. Surgida en 1957, durante una simple conversación realizada en el Centro Comercial e Industrial de la ciudad, propuesta luego a los integrantes del Concejo Departamental de la época y proseguida por el posterior gobierno municipal, cuyas autoridades han tenido la satisfacción de ver culminar la etapa. Si bien es cierto, que de los \$ 80.000,00 de costo de la obra — se trata de 56 columnas con sus correspondientes artefactos — el Municipio contribuyó con cincuenta mil pesos, no menos importante fue el esfuerzo de la población sumando los \$ 30.000,00 restantes, mediante aportes de distinta pero por igual valiosa entidad.

La transformación del aspecto presentado por las calles en las que se ha implantado el nuevo sistema, es evidente: la mortecina luminosidad de los picos cenitales de antaño ha cedido terreno a una iluminación de amplísimo radio de acción; en el extenso trecho de su influencia, es imposible advertir la más mínima sombra.

El éxito de la etapa es indudable. Se nos habló, durante nuestro reciente viaje por Tacuarembó, de otras zonas de la República que al parecer se interesarían por adoptar la innovación. Para ello, el Concejo Departamental de Tacuarembó ha preparado una minuciosa carpeta, con los antecedentes del asunto, a fin de ponerla a disposición de los interesados.

Casi podríamos decir que el capítulo de la nueva iluminación, que en el futuro habrá de extenderse a otros barrios de Tacuarembó, ha sido cerrado. Lo importante radica en el poder de recuperación de sus habitantes, en sus ansias de progreso colectivo, en sus proyectos y en sus realizaciones: porque del panorama de sus Centros de Barrio, de su Liceo Departamental — con una población de 1.000 estudiantes — de sus modernas escuelas y de un Conservatorio Municipal de Música, deberán surgir en el futuro nuevas realizaciones para el afianzamiento material y espiritual de la población. Es la eterna aventura del progreso, soñada en épocas remotas de nuestra civilización y a la cual no le podemos deducir el epílogo, porque creemos que por mucho tiempo no habrá de nacer el autor encargado de escribir el capítulo final...

Florencio VAZQUEZ

(Especial para EL DIA)



Vista nocturna de la calle 18 de Julio, convertida en "vista blanca", por arte y obra del nuevo alumbrado.



Al atardecer, mientras la llovizna se empezaba en su monotonía, la calle 25 de Mayo se fue preparando para la celebración.



En el interior del Concejo Departamental, una concurrencia entusiasta presenció la primera parte de la ceremonia oficial de inauguración.



El chiquillerío ávido, extasiado ante la Banda de Música del Regimiento N° 5, que amenizó la velada.



Don Samuel Horne.



Pepita, Beba y Tota. Retrato que conservó hasta el fin en su cartera de bolsillo, con sus tres hijas menores.

VOLVEREMOS a nuestro pueblo, apenas recuperado. Hemos viajado un tanto con el lector, por las viejas rutas de la Restauración. Tenemos por ellas, por lo que queda aún del tiempo antiguo, zaguanes que en lo alto muestran dintel en arco, rejas con rizo al centro, muros bajos con cicatrices disimuladas por madreleña y guasco, tanta ternura escondida, que no es pose confesar que nos duelen como tajos las agresiones que el progreso les dirige todos los días. Hace cuatro años casi nos demolió el "Molino del Galgo". Se salvó, porque un grupo de vecinos, entre los que nos contábamos, visitó al Intendente Barbato, amenazándolo con una pueblada, apenas se advirtiera la primera cuadrilla asesina.

Entonces, muy poco antes de que descansara, visitamos una de las reliquias que conservábamos. Don Samuel cumplía ese día noventa y seis años y hubiera llegado al siglo si una complicación no lo arrebatara a nuestra estima.

Lo evocaremos hoy, como lo hicimos hace algún tiempo, pidiéndole a don Samuel entonces, que no prestara importancia excesiva a lo que pudiéramos decir, porque siempre el pasado es de por sí doloroso, tanto que nadie se atrevería a revivir su vida anterior. El transcurso de los años es, en general, fastidioso, y si a veces agrada evocarlo, es porque el alma descansa en el recuerdo, pero hasta esa dulzura es tristemente dolorosa.

Lo conocimos a don Samuel hace cincuenta y siete años, cuando llegábamos a la Unión trayendo el campo en los ojos, porque veníamos de las orillas del Marichio, puros de alma, y con una sencilla ingenuidad campesina.

Ocupamos en la calle principal del pueblo, la casa que hasta entonces fuera de don Pablo Amaya, y que en 1921 la sucesión la vendiera al Dr. Berrutti, que murió poco después en ella. Podemos olvidar cualquier acontecimiento de los tiempos cercanos, no lo que se refiera a la manzana de nuestra primera casa de Montevideo. Su perímetro está marcado por 8 de Octubre, Comercio, Asilo y Gobernador Viana. Sobre la primera, esquina Comercio, en 1836 instaló Pijuán su charqueada, hasta que una incidencia con Basñez obligó al primero a disolver la sociedad incipiente.

Donde estuvo Pijuán vivía en ese año de 1902 un señor atildado, estampa de un lord inglés, a quien veíamos pasar por nuestra puerta, después del almuerzo, rumbo a La Liguria, donde se reunía entonces lo más selecto del pueblo, expansión que se concedía antes de tomar el tren de caballos que le llevaba hasta su despacho de aduana, donde enterraría treinta años de su vida ejemplar. Estampa de lord inglés debía tener. Su abuelo paterno fue John Stedman Horne, de Birmingham.

Su tío don Carlos Ridgel Horne, natural de Baltimore, fue un caballero de ilustre origen, por sus dos ramas, que estableció

en la Argentina, donde en 1846 adquirió la vieja quinta de Mackinlay que entonces daba a la calle Reconquista donde construyó su residencia. Para eso introdujo en el país multitud de árboles europeos, y entre otras plantas la célebre rosa de Francia. La caída de Rosas produjo la suya. Era muy amigo del Restaurador, y la batalla de Caseros produjo su ruina. Le confiscaron sus bienes y lo persiguieron hasta hacerlo huir a Montevideo. Y sin embargo, Horne fue un protector de los unitarios. Los bajaba por la quinta al río, y los embarcaba en las balleneras. Rosas discutió con él, pero no tomó medidas contra su persona. Entonces estaba casado en segundas nupcias con Mercedes Lavalle. Apenas llegado a nuestra capital se presentó a la firma naviera de Lamport y Hort, de Liverpool, hasta su muerte en 1884, teniendo 83 años. Los Horne Lavalle residieron en Montevideo, donde dejaron excelente nombre.

La confiscación de sus bienes no fue rigurosa, tanto que pudo volver a Buenos Aires, vendiendo su quinta a Lezama. Este es el origen de la famosa quinta de la capital porteña.

Hacia ya veinte años que se afincara en la Unión, habiendo nacido en las Piedras en 1856, el mismo mes y año que en un molino de la Aguada, viniera al mundo José Batlle y Ordóñez.

Mozo todavía conoció a Ulpiana Amaya y se casó con ella. Se conserva todavía en Lindero Forteza y Juanico, la casa que protegió sus primeros amores. Entonces empezó a vivir su vida. Vio nacer casi el pueblo que el año 80 todavía era idéntico a la Restauración del Sitio: plaza de toros, hornos de ladrillos cuyo fuego se alimentaba con cardos, saladeros, velerías, cafés de engalderados con zapatos de charol y puños duros, barberías donde jabonaban a la víctima con los dedos y usaban una nuez para conformar la mejilla de los flacos, refinerías, pulperías de palenque, como la de Chichón; con lotería, como la de Cufre; sin lotería, ni palenque, como la del Cerro Largo, más aristocrática.

Don Samuel conoció pues, la Unión, pocos años después que la tomara por asalto el pardo Aparicio, cuando en 1870 estuvo a punto de derrocar a Don Lorenzo.

Pueblo blanco, como fundado por Oribe, en él se guardaba como en una urna, el recuerdo del vencedor del Cerro.

Francisco, padre de don Samuel, le había dado al partido como todos los hombres de ese tiempo recio y firme, lo mejor de su esfuerzo, su sangre, su bolsa y su descanso.

Fue jefe de la artillería en la batalla del Sauce, a la que no se refería nunca sin decir que "los cañones revolucionarios quedaron enterrados en la tierra anada".

El hijo habría de ver y vivir la travesía del 11 de octubre: vio correr la sangre de las víctimas: Adramantino Fernández, los Cordones, el pobre muchacho Estela, fusi-

DON SAMUEL

lado frente a la casa en que vivimos al venir de campaña; los bronces de la puerta de calle, estaban todos agujereados por las balas de Julio Herrera. Vivió también don Samuel, pero de lejos, la tentativa de Isasmendi para voltear a Cuestas: si "el vasquito" fracasó fue porque el coronel La Borde avisó a Domínguez la salida hacia el centro de la artillería.

Fuera de esas incidencias trágicas, la Unión era, para sus moradores, un remanso. Los hombres envejecían allí placidamente y llegaban a cobrar aspecto de patriarcas. Cuando lo visitamos en su casa, hacía muchos años que no lo veíamos en nuestro pueblo. Se había apartado de él un cuarto de siglo antes, y la arteriosclerosis le había hecho perder la vista. No le po-



Don Francisco Horne, padre de don Samuel.

díamos aconsejar que volviera a él ni de paseo. Teníamos la certidumbre que cuando se fue, debió sentir hondamente el cambio.

De volver, las cosas, las personas, y los lugares familiares, le hubieran ofrecido de pronto, una extraña novedad desasosecante. Las cosas rústicas de las veredas que durante tantos años sufrirán sus pisadas, graves por la fatiga o el cansancio, no le reconocerían... La Unión le hubiera parecido una población extraña y lejana. El la llevaba entera, dentro de sí mismo. La po-

blaba él solo: al irse se le desvaneció de golpe.

Los hombres se sienten arraigados a las cosas, por lazos invisibles, que no pueden romperse sin angustia. Habría de sentir, al retornar, una inquietante desazón por la ciudad que ya no era suya; por las viejas losas y los añosos árboles que vio plantar cuando Montevideo festejaba el cuarto centenario de América. No, es mejor que no

vuelva. Que no recuerde de pronto que cariño secreto, inconfesado, guardaba para esa tierra aldeana, en la que sufrió tribulaciones sin gravedad, y algún goce tranquilo.

"No vuelva" don Samuel, le decía al fin, sin palabras. No hallaría en la Unión comercial y cosmopolita de hoy, ni la gracia, ni la humildad, ni su par antigua. No encontraría a Croveto, ni a Leborde, ni a Acha, ni a Linares.

Con sus noventa y seis años, don Samuel era uno de los lazos vivos que nos unía a la Aldea, cuando esos vecinos eran jóvenes y fuertes, y nosotros niños aún. De volver, no comprendería muchas cosas, ni siquiera el idioma que hablan nuestros vecinos de ahora.

El vecindario.—Esa noche tomó de pronto otro giro la conversación. Recordamos pues, con travieso espíritu, deseando distraer a Don Samuel, trayendo a la liza un montón de vecinos, algunos de los cuales habían muerto hacía sesenta años.

El rincón español de la esquina, donde Araújo abrió, no un ventorrillo, sino un puesto de verduras. Ahora el ruedo de toros estaba cerrado desde el año 11. Peluso había muerto; era el mira que hizo de España la travesía de tenero, y se aquenció con el picador, hasta el punto de comer en la mano el manojito de avena. Era un espectáculo arrancar furiosamente contra el

torero, y amansarse de golpe, para comer en la mano el pasto que se le tendía.

Ahora sólo tenía en su comercio carteles antiguos, en que aparecía clavándole el fierro a la fiera, y sosteniéndolo. Convidaba con manzanilla, tocaba en la guitarra una jota desafiada, y se enfurecía luego si el cliente no aceptaba "el perejil de ñapa".

Al lado de Araújo vivía Pepe Bruné, tan bueno como cambiante de genio; luego los Vásquez, uno de los cuales, el mejor, Domingo, llevaba marcado en su destino, el de morir a manos de su hermano. En la mitad de la cuadra, la mejor casa del pueblo, que fue de Urbabey, estuvo habitada uno años por el cotizado médico don Carlos Demichieri. Cuando éste compró la casa propia de 8 de Octubre y Larraive, Gascue, escribano de mérito, caído en España donde se conserva su cuerpo, formó con Chucha, verdadera belleza de la época, hija de don Juan Raissignier, un hogar como había pocos en el pueblo; su casa se abría siempre, para ofrecer en los hermosos patios cubiertos, los más espléndidos bailes del verano.

Luego venía Delfino, que cuando apenas llegamos al pueblo, era joven, y tenía una sola distracción: era el único tambor de la Unión que hacía entrar las vacas por el zaguan, contoneándose. Don Francisco Bellini era el panadero más antiguo de la zona. Estaba empapado siempre en los recuerdos de su Génova, y en treinta años de trabajos de sol a sol, sólo se permitió una vez salir con su hijo Bartolo y su perdiguero "París" a cazar martinets, que él encontraba tan buenas como las que sorprendía entre la nieve en plena Liguria.

Quedaba una familia con fama de maniáticos; descendían de un alto oficial del Cerrito, los Horne Pérez, que se destacaban por las largas siestas que dormían; la última duró diez años. Cuando desaparecieron, habitó la casa reconstruida, aquel médico notable por tantos conceptos que se llamó Martorell. En la esquina vivía Spotti, el mismo que no quiso comprar en cincuenta pesos, la casa que habitó cuarenta años y acaba de venderse en veinticinco mil, y eso que Manuel Aguirre, el gallero, le arrancó una piza para convertirla en refectorio.

Vecinos de importancia y personajes humildes, pero tan superiores todos, en alma y en sensibilidad, a aquellos con los que nos rozamos todos los días, ahora que no trepamos al granado del fondo, ni a los almeces de la calle, porque hemos crecido, y sólo nos queda el consuelo de recorrer con Eduardo las calles de las orillas del pueblo, añorando los tiempos que se fueron...

Don Samuel conoció la aldea, la vio crecer, cambiar su tierra en cuña, su cuña en hormigón, desaparecer a los viejos amigos,

LOS ARQUETIPOS DE LA FRUSTRACION

DEL contrariarse del sueño con la circunstancia concreta, del roce de la ilusión con la rutina de la convivencia, brota, chispa sin luz, la insatisfacción, nudo de todo problema humano, y de ella derivan esos desvíos del alma que nutren el drama del mundo.

Desconcierta comprobar que los personajes que la leyenda o el arte nos ofrecen inmortalizados, raramente configuran prototipos victoriosos. Cuando el testimonio de lo vivido asume prerrogativas de ejemplo intelectual, se está sancionando una modalidad del sentimiento que como un lugar común sustituirá con el nombre de los protagonistas la cualidad que éstos tipifican: Penélope o la fidelidad, Otelo o los celos, Hamlet o la duda, Herpión o la avaricia. El planteo es elemental; todo ser se integra de muchos conflictos en pugna. Pero el que sobrenada entre los otros resulta de invidio, y por él se le encasilla. Cada cual lleva al cuello la etiqueta de su virtud o su flaqueza notorias, con desdén total de los matices complementarios de la personalidad. Y es el caso de reflexionar acerca del mensaje que la literatura entrega al hombre, porque el fracaso constituye el leitmotiv sobre el cual las grandes obras alcanzan sus matices simbólicos.

Dijérase que los felices no sirven como modelos literarios; el héroe vencido, el adiós de la heroína, el romance quebrado, las imposibilidades, el desengaño, la violencia o la muerte, son los ingredientes propicios para la avida: amarga de los parquianos de volúmenes que retratan su propio desconsuelo, su desubicación, y en los que paradójicamente buscan consolarse. Tan sólo hallaremos en relatos para niños, a los príncipes jubilicos, a los triunfadores, como si sólo en tierras pueriles pudieran emplazar su feudo de la cecidulidad. Los dichosos, entonces, no pueden aspirar a la sublimación, a lo duradero, salvo en los cuentos de hadas. Tal vez. ¿La felicidad conspira contra la eternidad? Tal vez. ¿Sólo es pan de mediocres? Tal vez. Desde Prometeo, la imagen del dolor sin tregua se brinda como espectáculo en ese gran circo involuntario al que los espectadores asisten estremecidos por la tensa amenaza de transformarse en actores. Porque en cierto modo, el hombre está siempre solo en medio de la arena.

La literatura universal documenta copiosamente esas mutilaciones morales de que adolecen los agonistas de la ficción, caladores, sin duda, de huellas verdídicas, seres incompletos, resentidos del sueño, ineptos para la acción, pero que alegorizan todo el elenco de una humanidad jadeante y compleja, encarnando los impulsos individuales que muestran la moraleja nostálgica de las frustraciones. ¿Qué héroe, qué vencedor absolutos, se ofrecen a la imaginación? Los grandes guerreros, si sucumben en las batallas como Roldán, es verdad que renacen como símbolo. Pero el símbolo comienza a existir después, que el héroe cae, y acaso como un intento reivindicador. Los grandes enamorados se perpetúan más que nada por la peripetia trágica que arroja sobre el idilio trueno la lapa de la desventura. Los grandes santos, se encienden sobre sus hermanos tan sólo porque el halo de la gracia nimbaba sus frentes después de la mortificación, la renuncia o el martirio. El guerrero, el santo o el enamorado por esos tres cauces se canaliza la aventura anímica, que ha de desembocar en alguna encrucijada triste para que el tropiezo subraye y magnifique la esta ura del causante. Más grandeza, si más capacidad de sufrimiento...

Particulariza la Poesía, el lamento secu-



El regreso del héroe siempre es patético. (Don Quijote y Sancho. Ilustración de Gustavo Doré.)

jar, la crónica luctuosa de una intimidad que hace inventario de sus jirones; un hon-do sollozo crispa los nervios de la estrufo. El profesionalismo de la melancolía asoma el rostro lívido, la máscara inconforme que es el reverso de las famas y glorias mas o menos precarias que envidian o apiac-den los ilusos. Porque el pobre poeta, blanco de todas las incomprensiones, de la incomprensión que le fustiga como de la incomprensión que le elogia sin tino, se siente atrapado, mientras un diablillo bur-lón le susurra al oído: "¿No tienes talento? ¿Resignate! ¿Tienes talento? ¿Resignate tam-bién!" Sólo puede constar con ese laurel se-guro: la resignación.

Junto a una literatura nacida para el de-leite de la fantasía, para el ocio dorado que aconsejaban los griegos, se opone otra, desgarradora, en la que desnuda el hom-bre su vieja y torturada, insular agonía, esa "enfermedad mortal" como llamó Kierke-gaard a la desesperación: "Y vaciado el reloj de arena —dice—, el reloj de arena tenebreoso, y apagados todos los ruidos del siglo, y terminada nuestra agitación forzada y estéril, cuando alrededor tuyo todo sea silencio, como en la eternidad, hombre o mujer, rico o pobre, subalterno o señor, feliz o desventurado, — haya llevado tu ra-beza el brillo de la corona o, perdido entre los humildes, no hayas tenido más que penas y las fatigas de los días; se celebre tu gloria mientras dure el mundo u olvidado, sin nombre, sigas a la muchedumbre innú-mera anónimamente; haya superado el es-plendor que te envió toda descripción

humana, o los hombres te hayan herido con sus más duros o envilecedores juicios— quienquiera que haya sido, contigo como con cada uno de tus millones de semejan-tes, la eternidad sólo se interesará por una cosa: si tu vida fue o no desesperación".

Los incurables enfermos de ese mal os-curo, estirpe de descorrentos, han huido la mano en el remolino de aguas turbias que restalla contra los arrecifes del carác-ter, pero el sorbo, leños de saeiar la set, sollama los labios de los ambiciosos. ¿Cómo aplacar el anhelo de Fausto, cómo prestar al rostro solemne de Werther el resplandor de una sonrisa genuina que redima su em-paquet funerario? Pero Carlota se resigna-rá a sobrevivir sin sobresaltos, mientras Margarita enloquece por amor, como en-lo-queciera Ofelia, hermana suya en la gracia inocente. De la locura de Ofelia a la locura de Margarita, de la muerte de la una a la de la otra, hallamos el mismo nexo grácil y patético; débiles mujeres, figuran la a nega-ción, la enajenada diáfraga. Casadas y con-tenidas, cada dirían ser nombres a la emo-ción de un lector de Shakespeare o de Goethe, porque hubieran entrado en lo do-méstico y no en el arquetipo de una des-dicha. Entre Peer Gynt o Solveig, ¿cuál de los dos es de verdad el fracasado? ¿Peer buscándose a sí mismo por los caminos sin hallarse, o Solveig detechado la vida en la espera conmovedora y sin claudicacio-nes? Entre Don Quijote y Sancho, ¿cuál supo calar más hondo en la realidad? Desconfiamos de los realistas; desconfia-mos de Sancho. Bello, fuerte y victorioso

se veía a sí mismo el manchego; la virtud resplandeciente del coraje le embellecía el otoño, enclenque y vapuleado. Porque triunfa Quijote y es Quijano el vencido; muere como Quijano, no como Don Qui-jote; ahí estuvo el precio de la cordura recobrada. Don Quijote siguió andando.

Al igual que él, toca existencia sale al camino con la esperanza en alto, como ori-flama. La vida estrea: su llamante aven-tura, para volver un día, después de la úl-tima batalla, con el estandarte despedazado. Siempre resulta patético: la vuelta del hé-roe, porque hasta en el caso excepcional de la victoria, no ha podido librarse de algún rasguño, de alguna herida, de algunas de-cepciones. El precio de la amargura está al dorso de todos los éxitos. Y así lo pro-claman los legendarios personajes noveles-cos, así lo dicen con su imagen dolorosa, los crucificados de la quimera, Manfredo, Romeo, Efraín, o las heroínas sin mañana, Julieta, Mireya, María. Y olvidamos que Beatriz fue de carne y hueso, para incluir-la en la galería de esas hermanas sufridoras y pálidas.

Vamos anotando estas desavenencias que lo literario extrae del medio vital, para de-ducir de ellas que una raíz nostálgica y un rumor sordo de naufragio subyacen en la eternidad de la creación artística. La veri-ficación no es estimulante. Nos estaría re-comendando achicar el sueño a la medida de la vida, porque parece más honesto que agrandar la vida a medida del sueño. Pero generalmente, para andar rápido, se achica el sueño. Y la vida, por consiguiente. La ilusión es una mercancía suntuosa, ex-hibida en mostradores sentimentales, en los que no se fia. Y la existencia se presenta como una recaudadora implacable, que no regala una promesa, un jirón de fe, un tro-cito de la golosina sabrosa del engaño. Y la literatura toma en ella los maniqués que el genio del escritor avufla de vida propia. Marionetas dramáticas que remedan el pa-so histriónico y convulso del ser humano auténtico, herido y percedero y lo fijan en el libro —novela, drama, verso— con más estabilidad que el caudico modelo de carne pecadora y hueso pasajero. La tentación que hizo perder el paraíso se repite a lo largo de cada vida una o muchas veces; por ahí sigue reptando al acecho la ser-piente. Y el pobre hombre, "a tientas, con la fe perdida", advenedizo de una felicidad a plazo fijo y siempre corto, quiere remen-dar su edén, soldar las juntas de un mundo que se le desmorona, obstruir las grietas por donde cada día pierde un poco más la sonrisa que no regresa. Evasión inú-til, porque ese edificio de la dicha que se tambalea, no puede apuntalarse aunque se rieque el terreno circundante con sangie y lágrimas. Cuando la promesa rota atenacea como humillación o como injuria, cuando la traición es ácida pero el traicionado tiene ineptitud para la venganza, cuando se descontrola la tristeza, la literatura se convierte en un asilo de mendigos que sólo necesitan narrar su miseria para compen-sar en un solo itinerario el monólogo de la desventura de la especie.

Seres de la perpetua romería, del pere-grinaje sediento, peatonales de la desdicha que callan como secreto inconfesable que el epílogo de los amores "eternos" es el sui-cidio o el bostezo, los arquetipos literarios están proclamando que nosotros, como ellos —y ellos, por culpa de nosotros—, a más nada más que desertores perpetuos de la Esperanza.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)

con pena, ascender a muchos con alegría... No cambió, salvo en su aspecto físico. Con-servó hasta el fin su gallardía, y siguió siendo lo que siempre fue, el hombre más sencillo, el que se hacía querer, y al que había que respetar. Conservó también su gesto sobrio, su aire de alivie que no cho-caba, su inteligente candor.

Es posible que a pesar de haber enveje-cido bien, le haya ganado alguna vez la desesperanza. Había venido al pueblo, cuando en él había farolero para las lámparas de petróleo, como antes lo hubo para en-cender una a una las velas fabricadas en la grasería. Conoció la Liguria, cuando los pa-rroquianos llevaban una oveja para calen-tar sus pies mientras jugaban al gofo o mentían al truco, y cuando el comandante

Toledo entraba a la sala de billares sin bajar del caballo, y tomaba su vaso de ca-ña rompiéndolo contra el suelo como en las películas rusas.

Unión de la retreta y los paseos de Mon-dino, capa al hombro y comunión en ristre, y los entierros en tranvía y el primitivo cine que pasaba seis meses seguidos "La hija del guardabosque", hasta que Obiol te-mía quedarse sin sillón cuando el frenesi se agudizaba del público, porque el héroe conseguía al fin saltar la ventana para sal-var a la doncella...

Unión de Estados y de Pepe Olivé, de las tertulias en el Centro comercial, de los dúos de Perico Starico y Muleka Mutube-ría, anunciados con gran nerviosidad: "si-lencio; ahí viene: "mas tuncé", mientras se

sentaba para aplaudir a los artistas, que sisaban todos los números sin que nadie se los solicitara nunca...

Era monótona la vida pueblerina. Los sa-bados por la noche, la reunión evangélica. Lito sacaba el primer Ford de bigote que hubo en la Unión, y en él se repartían don Samuel, Jacinta, don Pedro y Enrique el alemán con su tos asmática que se hacía fatigosa cuando subía la escalera de la ca-lle Juanicó.

Todo el progreso del pueblo, don Sa-muel fue recogiendo, asimilándolo, perdo-nándolo, orgulloso sin decirlo a gritos del adelanto lento pero firme del villorio al que conociera recién nacido.

Aquí estaban sus mejores recuerdos, aquí

le nacieron sus hijos. ¿Cómo no quererlo. si aquí fueron muriendo uno a uno sus vie-jos amigos? Conservó hasta el fin, en la cartera de bolsillo dos retratos, el de su padre y esa trilogía de niñas con que en-galanamos la página.

Vida ejemplar como pocas, le acercamos aquella noche a don Samuel el homenaje de nuestro cariño, en momentos que tan lucidamente se acercaba al siglo, al que no pudo alcanzar. Esa noche lo que siempre recordamos, y está en no sé cuál de los li-bros de nuestra biblioteca:

"Y sobre todo, no vayas a desear la ju-ventud: cree en los viejos, muchacho".

M. Ferdinand PONTAC.

(Especial para EL DIA.)

JUSTA y lógica indignación provocó la ruptura del monumento a María Stagnaro de Munar —obra del escultor Juan D'Aniello— que se levanta entre la muelle fronda de nuestro Prado. Reproable acción ésta, de la cual se han ocupado los poderes públicos y la prensa y ha hecho que en acto popular se trate de lavar ese incómodo hecho que parecería herir a la comunidad toda; loable y en su buen cauce el desagravio, pero hay otros hechos en nuestra misma comunidad y efectuados en la misma línea de aquél, es decir, el estropicio al monumento de nuestro patri-

RECUERDE UD.

NO SE DEJE ENGAÑAR!!

NI SORPRENDER EN SU BUENA FE...

POR BOTIQUES Y ARMARIOS PARA BAÑOS APARENTEMENTE SIMILARES A LOS NUESTROS

NUESTRA MARCA "JISSA" LO GUARDA EN SU ELECCIÓN

y garantizará su reconocida CALIDAD

EXIJALA NUESTROS PRODUCTOS TIENEN NUESTRA MARCA IMPRESA EN EL MUEBLE, SI NO LA ENCUENTRA RECHACELOS

POR CUALQUIER DUDA O ACLARACIÓN SUAVES CONSULTARNOS

Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
YTU 1824 - TELEFONO 50 02 61



Café El PAULISTA

Es bueno hasta la última gota!

PEDIDOS A LOS TELFS. 23472 y 200378
CAFE PURO **PAULISTA** MOLIDO A LA VISTA

ARSA - JOYAS

YA ABRIÓ EN PIRIAPOLIS



Para regalos finos, en alhajas y relojes de calidad.

VISITE ARSA - JOYAS

Piriapolis: R. de los Argentinos 1194
Agencia Oficial "Omega"

CASA CENTRAL: CIUDADELA 1397

Sea propietario en **MONTERREY**

- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz, Pavimento, Agua

POR SOLO **\$80** MENSUALES

GRATIS 5.000 LADRILLOS DE PRENSA

INFORMES **DARSA.**

25 de Mayo 470
esc.16 P.2
(DE MAÑANA)



Detalle del monumento a Zavala de Lorenzo Coullaut Valera (1876-1932). Hace muy pocas semanas se procedió al lavado de este monumento con tan equivocado criterio que se arrasó con la pátina que lo venía embelleciendo y se dejó al desnudo una materia nueva, limpia, fría, que lo hace aparecer como una maqueta de yeso; el celo del Arq. F. García Esteban que pudo en otra ocasión salvar la pátina de la fuente de la plaza de la Constitución, aquí se estrelló contra la invencibilidad de quienes no oyeron su palabra.



La capilla del Sacramento de la Catedral muestra su bóveda descarnada después que fuera demolido el revoque que la cubría; con él se destruyó las pinturas del gran artista argentino Pío Collivadino.

LAS MANOS PROFANADORAS DE MONUMENTOS

monio cultural, que no sólo no provocan indignación, sino que llegan a suscitar palmas y elogios. Son hechos tanto más graves cuanto que son o han sido cometidos por quienes tienen vara alta en la economía de nuestra cultura.

La acción del Prado ha sido hecha por manos anónimas, irreflexiblemente, llevada a cabo en la incontinencia de desatados instintos destructivos, mas ¿qué decir de hechos como los que nos ha tocado ver en los últimos años y que significan una regresión en nuestro modo y jactancia de pensarnos cultos?

Recordemos la arqujería de la pasiva de la plaza de la Independencia. Con su demolición se hizo desaparecer, por puro capricho, un monumento arquitectónico que, además de su simple y equilibrada eutimía, tenía sobrados antecedentes históricos para merecer el respeto de esta generación, que olvidó que ella era una más de las que habían transitado por esa pasiva y que debía dejar expedita esa misma veda a las generaciones que vendrán. Inútiles fueron las voces autorizadas que contra su destrucción se alzaron en aquel momento.

Señalemos la insolvencia con que se procedió a la apertura de las tumbas de Lavalleja, Rivera y Suárez. En las dos circunstancias (primero fue la tumba de Lavalleja, luego la de Rivera y Suárez, ambos en la misma sepultura) se destruyeron dos por demás valiosos monumentos centenarios sin dejar la documentación debida. El sepulcro de estos tres prohombres nuestros eran preciosos veneros donde se

podía extraer inacabable valiosa documentación; fueron destruidos para siempre en el breve espacio que duró la ceremonia de la reducción de restos. Y en previsión de ello se había señalado a autoridades competentes la necesidad de proceder con las debidas garantías, sin llegar a ningún resultado en favor de esos dos monumentos.

Y volvemos a evocar en estas mismas páginas las pinturas de Collivadino, recientemente destruidas en la Catedral. Eran ellas un monumento preciosísimo que recogieron durante más de medio siglo el testimonio de fe y la oración de los católicos que oraron bajo la cúpula de la capilla del santísimo sacramento de nuestra única basílica.

No sólo estas razones de orden sentimental y religioso obligaban a conservar esas pinturas, sino también su calidad y significación, ya que ellas marcaban —con fuerza y pureza de estilo— un momento preciso de la constante evolución del arte; eran una viviente lección, única en nuestro medio y hoy para siempre perdida. La salvación de las pinturas de Collivadino era factible y no planteaba grandes problemas técnicos ni económicos, por mas que fuera necesario demoler el revoque sobre las que se encontraban ejecutadas. Podíanse salvar aquellas pinturas, para luego volverlas a la misma cúpula o al museo —probable— de la Catedral o al Museo Nacional de Bellas Artes o simplemente regaladas a algún amante de las artes. Nada de ello se hizo, ni se quiso hacer, a pesar de las advertencias hechas a quienes tenían responsabilidad sobre las pinturas y los trabajos.

Y manos que no son anónimas destruyeron el invaluable monumento pictórico.

Las pinturas de Collivadino no son, en el campo de estas manifestaciones del arte, las únicas que merecen subrayarse como ejemplo de la desaprensión y desestima por la obra artística e histórica. A ellas se agrega la serie interminable de restauraciones pictóricas hechas sin la menor sospecha de responsabilidad e ignorando todo fundamento doctrinal que debe sustentar y justificar tan difícil quehacer de la actividad humana. De allí el hecho de que los cuadros que vamos a ver o examinar en los museos y galerías son, muchas veces la copia —hecha con más o menos habilidad— del original calcado sobre el original mismo, de donde se colige que lo que se mira como auténtico no lo es.

Sobre este Suplemento hemos escrito mucho referente a este problema de la restauración pictórica y hemos hecho un llamado de atención a quienes tienen en sus manos tal responsabilidad.

Y no menos deplorable es la destrucción de edificios auténticamente históricos con el fin de hacerlos falsamente históricos. Aquí nos referimos a ese incontentido deseo de creer que lo más antiguo es lo mejor, lo más auténtico y lo más histórico; concepto romántico insostenible y que ha hecho se destruya aquello que precisamente se debía conservar que es la Historia. Al querer hacer reversible el tiempo, es decir querer edificar o pintar o forjar o esculpir o pensar como hace medio o un siglo, es matar el espíritu de la historia al igual que se mata su obra destruyendo los hitos que señalan su pasaje por el monumento.

En todas esas poco felices restauraciones históricas, que no mencionamos para no parecer cargos, se ha querido, en forma más literaria que espiritual, reconstruir friamente un organismo ya muerto y corrompido; se ha pretendido hacer ciencia natural —como cuando partiendo de un hueso el zoólogo reconstruye el entero animal— olvidando que si bien en la cartilla cabe didácticamente hablando, ese ejercicio de reconstrucción, en la restauración arquitectónica se traiciona la verdad y se traiciona el espíritu.

Valgan estas consideraciones para que la parsimonia y la reflexión frente a un problema de restauración o conservación del patrimonio cultural sean actitudes fundamentales sin olvidar que en restauración, como en cualquier ciencia, es mejor no tocar que tocar equivocadamente. Y sobre todo no debe olvidarse que hay doctrina formada con la experiencia y la meditación de muchos siglos hecha en otros países donde el monto y los problemas de sus monumentos ha obligado a abundar en estas disciplinas llegando, después de duras experiencias, a señalar el camino seguro para estos menesteres.

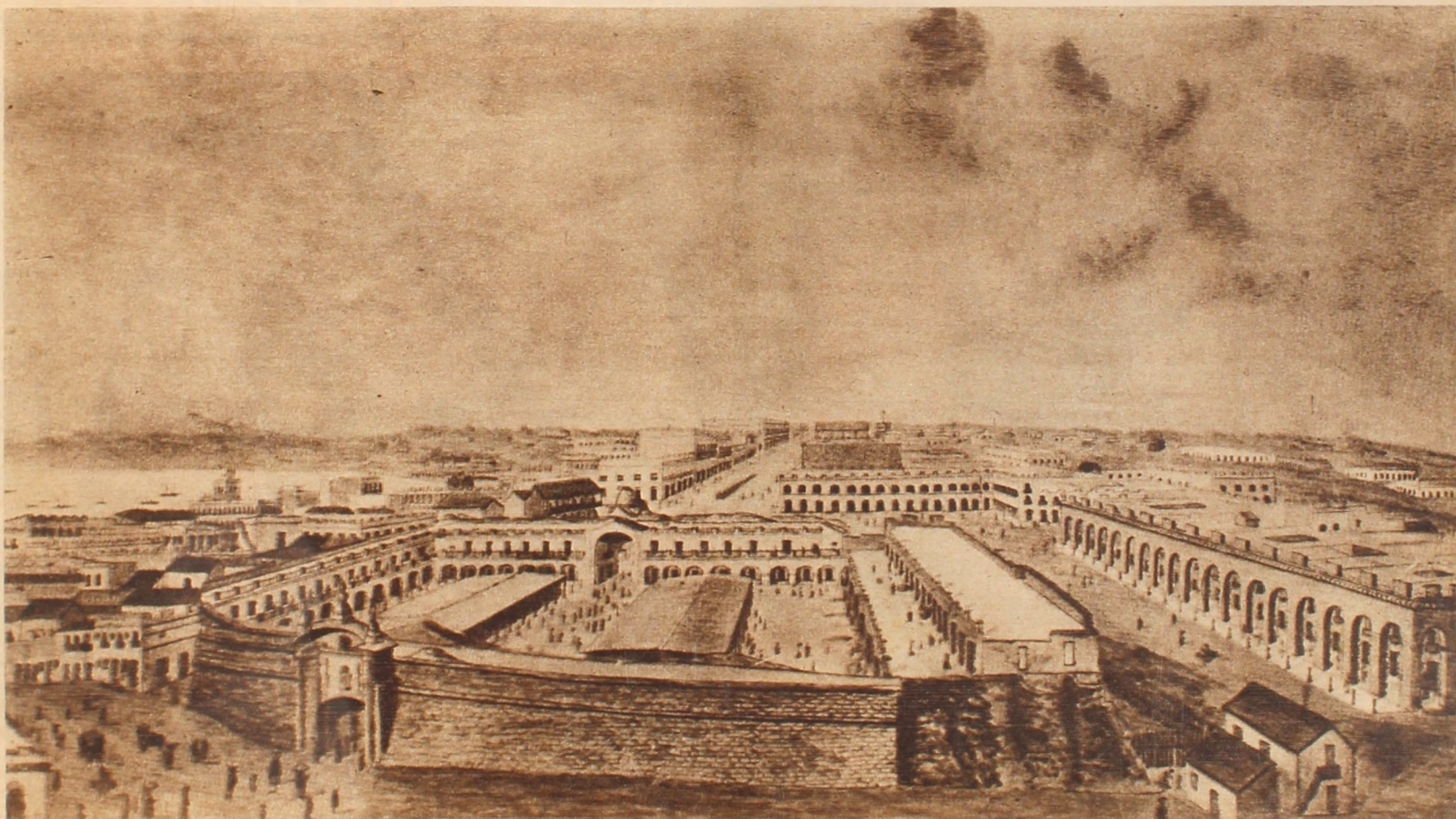
Y una vez más repetimos que cuando concretamente señalamos una obra, no queremos referirnos ad personas, pues entre quienes están dedicados a la restauración, aunque nos separen discrepancias, está la selección de los amigos exquisitos.

Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA)



Fotografía parcial del monumento a María Stagnero de Munar mostrando las dos figuras a las que les ha sido arrancada una mano.



Los acaes de la pasiva. Detalle de una escena (1849) de J. M. Bonnes e Irigoyen que se conserva en el Museo Histórico Nacional.



El templo de Isis, en parte bajo las aguas

(La presente relación contiene, en forma sucinta, datos sobre los templos, monumentos y sitios históricos en la Provincia Egipcia de la República Árabe Unida y en la República del Sudán, amenazados de desaparecer como resultado de la construcción de la gran presa de Saad el Aali,

li, cerca de Asuán, e igualmente datos sobre las diversas medidas contempladas para la protección de los mismos.)

El problema. — Para promover el desarrollo de varias actividades hidráulicas y poder en todo momento aprovechar las

aguas del Nilo de un modo eficaz en lo que atañe a la navegación, la energía eléctrica, el riego de tierras y otros fines igualmente útiles, las autoridades de la República Árabe Unida han estimado necesaria la construcción de una segunda gran presa cerca de Asuán. Se trata del Proyecto de Saad el-Aali.

A partir del momento en que las aguas del Nilo sean detenidas por dicha construcción, prevista para 1965, alcanzarán, entre la primera catarata (Asuán) y la catarata de Dale (cerca de Akacha, en el Sudán), una altura de 182 metros sobre el nivel del mar y formarán un gran lago, cuya longitud será, en territorio egipcio, superior a 300 kilómetros y de unos 184 kilómetros en territorio sudanés. En algunos lugares tendrá 25 kilómetros de anchura pero irá estrechándose considerablemente hacia el Sur. Todos los famosos lugares y monumentos arqueológicos del Valle de Nu-

bía quedarán sumergidos para siempre por esa masa de agua que, en las proximidades del gran embalse tendrá unos 100 metros de altura, es decir, unos 60 metros más que el nivel de la inundación actual cuando las puertas de la presa existente están cerradas.

La Unesco y una acción internacional. — El Gobierno de la República Árabe Unida hizo un llamamiento a la Organización de las Naciones Unidas con miras a una acción internacional para la protección de los monumentos y lugares arqueológicos amenazados por las aguas.

El Gobierno de la República del Sudán, solicitó igualmente la colaboración de la Unesco en la tarea de salvar de la destrucción tesoros culturales que se encuentran situados dentro de su territorio y que también están amenazados por las aguas de la gran presa proyectada.

En nuestra época, en la cual las naciones se convencen cada vez más de que un destino natural une las unas a las otras con los lazos de la amistad y de la solidaridad, los tesoros culturales se consideran como parte del patrimonio de la humanidad toda. Las naciones y los pueblos que poseen estos tesoros son los guardianes de una común herencia espiritual.

A la luz de este principio, que es tam-

PROTECCION DE LOS MONUMEN

DE LA ANTI EN EGIPTO Y

bién el punto de vista de la Unesco, la protección de una parte de la riqueza cultural de la humanidad, como es el caso de los templos, monumentos y lugares arqueológicos amenazados en el valle de la Nubia, no es sólo un problema nacional de los pueblos inmediatamente interesados en ellos, sino también un problema internacional.

La reunión de expertos en Egipto y sus recomendaciones. — En sus sesiones del mes de junio de 1959, el Consejo Ejecutivo de la Unesco estudió la solicitud de la República Árabe Unida y autorizó luego al



Gran templo. La fachada comprende cuatro estatuas descomunales de más o menos treinta metros de altura, que representan a Ramsés II. El conjunto está totalmente tallado en la roca.



La fachada del Gran Tem

ector General de la Organización, para planear una reunión de expertos para examinar el problema en el propio escenario del mismo y preparar un informe que debería someter a la deliberación del Consejo Ejecutivo en sus sesiones del mes de noviembre de 1959. La reunión de expertos tuvo lugar en Egipto del 19 al 31 de octubre último.

Después de celebrar una sesión preliminar en el Cairo, los expertos viajaron a lo largo de 300 kilómetros del valle de Nubia, de Asuán hasta Kustul. Los expertos examinaron todos los monumentos a medida que lo permitía el descenso anual de las aguas del Nilo: File, Martasi, Beit el-Qual, Dendera, Dendur, Gerf Hussein, Ijmidí, Sudd el-Farut, cerca de Asuán, Kasar Ibrim, Aba Simbel, Kustul, Gebel Ada, Abu Simbel, Qasr el-Sheikh y Daba.

Durante el viaje, los expertos celebraron sesiones, de las cuales la más importante se celebró en la que tuvo lugar en Aba Simbel, a la sombra del Gran Templo de Ramsés II, en presencia del Excmo. Señor Saroit Okacha, Ministro de la Cultura y de la Orientación Nacional de Egipto.

Recomendaciones para la protección de los monumentos. — De regreso al Cairo, los expertos adoptaron por unanimidad un do-



Parte de las grandes columnas de la isla de File durante un descenso de las aguas del Nilo.

MONUMENTOS HISTORICOS Y ARTISTICOS

NUBIA EN EL SUDAN

mento con sus recomendaciones sobre la conservación y la protección de los monumentos. Estas recomendaciones serán estudiadas por el Consejo Ejecutivo de la UNESCO.

En la relación con los más importantes de los templos amenazados por las aguas, y considerando que la función esencial de los monumentos es su conservación, la protección de los monumentos antiguos es tratar de conservarlos en lo posible en su integridad y en el lugar en que se encuentran los expertos estiman que debe hacerse todo lo necesario para conservar los más importantes

en su propio emplazamiento. Si su conservación resulta imposible, los expertos recomiendan que se tomen las disposiciones pertinentes para encontrar un lugar análogo al de su emplazamiento original, en Nubia preferentemente, en los oasis a la altura de Kalabsha y de Abu Simbel."

Los templos de Aba Simbel.— Los expertos consideran que su desaparición supondría una pérdida irreparable para el patrimonio cultural de la humanidad y, por consiguiente, estiman que debe hacerse todo lo posible para proteger íntegramente ese conjunto y conservarlo *in situ*.

Los expertos estudiaron cuatro proyectos:

- 1) Elevación de los monumentos y de las rocas que lo rodean, para colocarlos en lo alto de la escarpa, a orillas del embalse.
- 2) Construcción de un dique de cemento delante de cada templo.
- 3) Construcción de una presa de cemento en forma de bóveda lo más cerca po-

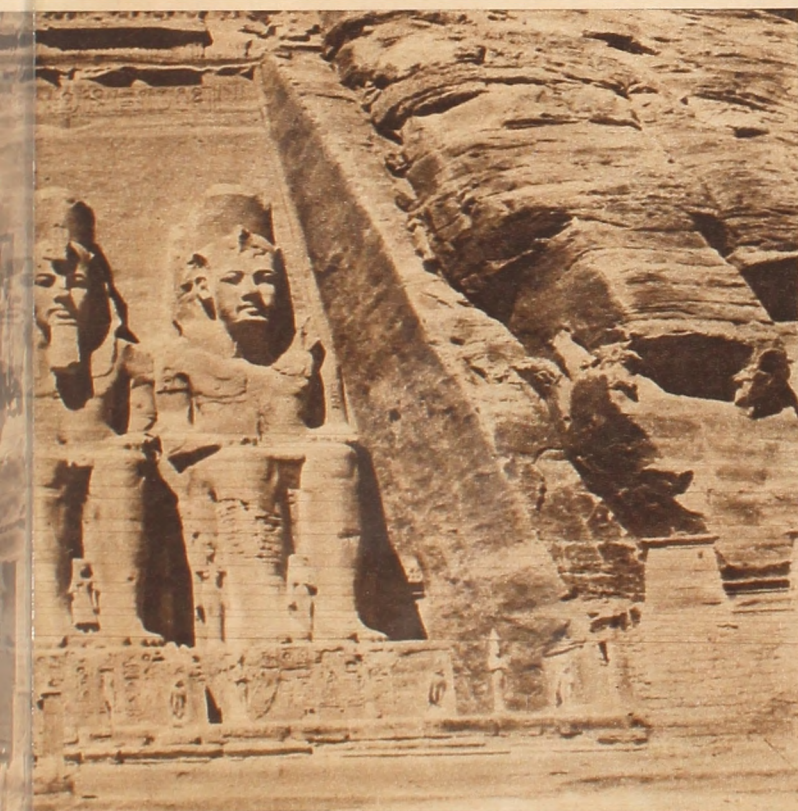
sible de ambos templos.

- 4) Construcción de un dique de tierra y piedra, cuyos puntos de apoyo se situarían aproximadamente a 700 metros uno de otro, para respetar totalmente los contrafuertes rocosos en que están excavados los templos. La distancia entre la fachada del Gran Templo y la cresta del dique sería de unos trescientos

metros.

De esas cuatro soluciones los expertos consideran que la más adaptada a las exigencias arqueológicas y estéticas es la del dique de tierra y piedra.

En notas posteriores iremos publicando el complemento de estas interesantes publicaciones, y fotografías, que nos han sido cedidas por UNESCO.



Abu Simbel.



Tres de los colosales de la primera sala o Prinaces, que tiene ocho pilares osiriacos como éstos y se extiende a lo largo de 18 metros.

El famoso Parque Central de la ciudad de Nueva York agregará otro monumento para honrar a un héroe latinoamericano: la figura ecuestre, en bronce, del prócer mártir cubano José Martí, será inaugurada el 28 de enero próximo, que es el 106 aniversario de su nacimiento. El monumento será ubicado entre las estatuas de Simón Bolívar y José de San Martín.

Anna Hyatt Huntington, una de las más notables escultoras en los Estados Unidos, comenzó a esculpir la de Martí hace cinco años. Hoy, a la edad de 83 años está completando esta su más reciente obra.

Esta distinguida artista recibió el premio "Mujer de las Américas", en 1958, por su contribución a las relaciones hispanoamericanas. Muchas de sus obras glorifican a héroes del mundo hispánico y están en diversas ciudades de la América Latina, de España y de los Estados Unidos.

Ha sido honrada con numerosas medallas, premios, grados honoríficos y menciones de España, Francia y su propio país, Estados Unidos. Dos de sus obras maestras, "Juana de Arco" y "El Cid Campeador", figuran entre las estatuas ecuestres más importantes del mundo. Sus éxitos no sólo le han dado fama, sino también fortuna. Tiene fama de haber hecho por el caballo en la escultura, lo que Millet hizo por el campesino francés en la pintura.

Como hija de un eminente zoólogo, Anna tuvo interés por los animales desde muy temprana edad. En su niñez estudió su anatomía sus movimientos y actitudes. Su amor por los caballos especialmente, se ma-



En su hogar de la Hacienda Stanerigg cerca de Bethel, Connecticut, Anna Hyatt Huntington pasa la mayor parte de su tiempo criando galgos escoceses como descanso a su trabajo.



Anna H. Huntington posa con el pequeño modelo original de arcilla de la estatua de José Martí.

RECUERDE U.D.

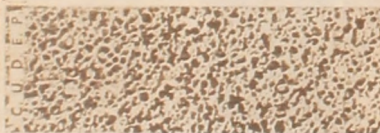
PISCINAS INFLABLES (de Goma)

"DURBAN"
18 DE JULIO 1972

PARA PATIO,
JARDIN, ETC.



ATHERMOLIT



AISLANTE

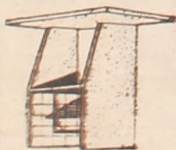
TERMICO Y ACUSTICO

BALVIMON S. A.

PROPIOS 2747 Tel. 5 58 09

FIESTAS TRADICIONALES

REGALE - SE UNA CHURRASQUERA
CON PARRILLA MOVIL



"BARBACOA"
MERLINO

MERLINO S. A.

Magarinos Cervantes 1983. — Tel. 412134

- Es desarmable.
 - Es económica.
 - Es Bonita.
 - Y... prepara los mejores asados.
 - Revestida en todos los colores.
- Alhaje su jardín o su patio con una "BARBACOA"

LA ESCULTORA NORTEAMERICANA ANNA HYATT HUNTINGTON

nifestó aún antes de la edad escolar, cuando los modelaba en arcilla. Cuando era niña cabalgó en cuanto caballo había disponible en la vecindad de su hogar, en Cambridge, Massachusetts, y aún amansaba potrillos.

El talento de Anna para la escultura fue innato. Estudió en la ciudad vecina de Boston, y en 1900 cuando apenas tenía 24 años, celebró su primera exposición que constaba de 40 esculturas, animales que había visto y observado en los zoológicos de Boston, y de Nueva York. La exposición tuvo un éxito inmediato y fue el comienzo de una larga e ilustre carrera artística. Cuando tenía apenas 19 años empezó a soñar en realizar una magnífica estatua ecuestre de Juana de Arco. Hizo docenas de modelos, rechazando muchos, pero conservando algunos que, después, le sirvieron como base para su "Doncella de Orleans".

Para cumplir su sueño, Anna fue a París. En un pequeño taller del Barrio Latino, apenas con la ayuda de una mujer, amasó una tonelada de arcilla, e hizo su propia armadura para la estatua.

Terminó el modelo vaciado de arcilla en yeso, y lo expuso en el Salón de París, que es la pauta internacional más exigente para medir el éxito artístico. Esculpir la figura de Juana de Arco no era tarea tan difícil para una escultora de gran experiencia y talento. Era el caballo lo que requería una amalgama de talento, temperamento, conocimiento profundo y estudios especializados. El modelo ganó mención honrosa, con lo cual Anna Hyatt pasó a ser la primera mujer que esculpió una estatua ecuestre de tamaño natural.

Una copia de este monumento fue vaciada en bronce en 1915 para el paseo Riverside Drive, de la ciudad de Nueva York. Hoy es considerada una de las más bellas estatuas en esa ciudad.

Anna interrumpió su labor en 1923 para casarse con el famoso poeta, filántropo y fundador de museos, Archer M. Huntington. Por medio de él es que ella se encariñó con la cultura española, amor que ha expresado en muchas de sus estatuas.

Su carrera ha sido larga y fructífera. Se dice que la escultura de Anna H. Huntington tiene tres dimensiones: físicamente bella, bien proyectada y humana.

A pesar de todos los honores, distinciones y riquezas acumulados, Anna H. Huntington tiene especial predilección por las cosas simples y sencillas de la vida. Su debilidad es la agricultura, y puede competir con sus mejores vecinos agricultores. En la

hacienda Stanerigg cerca de Bethel, Connecticut, pasa ahora gran parte de su tiempo criando jebres escoceses, y estudiando a los pájaros cuando descansa de su ruda labor.

Anna Hyatt Huntington, con un genio

natural sazonado por larga experiencia, es considerada como una de las más grandes y auténticas artistas de nuestro tiempo.

U.S.I.S.

(Exclusivo para EL DIA.)



La escultora tiene un gran amor por todo ser viviente. En la foto un trabajador agrícola mira mientras ella asocia a un burro en su hacienda.



Retrato. Oleo.

tado en firmes pinceladas de consistencia y jugado en la sombra y luz, eliminando por sensación, repetimos, pictórica, los detalles de dibujo y dejando pronunciarse a las dos faces que en este cuadro son fundamentales, la luz y la expresión. En la naturaleza muerta, "Pescados" ante un fondo totalmente neutro y oscuro, hace asomar la tonalidad de las sombras y sin dejar de manejarse por el color mismo, atribuye a éste el cometido, sin buscar el efecto que cristalice ante el contraste una diversión para el ojo, o una pirotección de reflejos, sino sencillamente el color del cual se deduce todo el resultado pastoso y gris, sin dejar por ello de poseer el carácter para definir al modelo.

Estas dos piezas, pues, certifican ya las aptitudes consagratorias de Torres en una similitud de concepto que abandona ya el retaceado contorno esgrimido con o sin razón por el Taller, y que en este caso y más en algunos cuadros como "Figura", sostiene



Retrato. Oleo.

EXPOSICION HORACIO TORRES

ENTRE los pintores jóvenes mejor dotados, Horacio Torres se destaca con características propias. Recordamos su exposición de retratos en la misma institución que hoy exhibe, "Amigos del Arte", donde ya se consagraba como uno de los más felices cultores de tal género. Pero no cabe duda que este pintor posee una escala mucho más extensa y que abarca temas que van de la naturaleza muerta al paisaje y la figura a tamaño natural, donde ha logrado aciertos de gran valor. En esta nueva selección de sus telas, que la llamaremos intimista, por lo que tiene de sabor al más elevado criterio pictórico del artista y por lo limitado de su número, Horacio Torres se perfila repitiendo sus temas favoritos y su no menos rica visión de los elementos tratados. Si agregamos a ello el naturalismo que va en cada presentación acumulando experiencia y eliminando lo que no está dentro de lo categóricamente pictórico, nos hallamos ante la obra de un pintor que posee un sentido cabal de lo sustancial y de cómo debe manejar un motivo para que de él surian los valores auténticos. Su paleta sigue manejándose con el negro como base, pero nos da un ejemplo de lo que puede resolverse con un color que es la negación del color y de la luz y, sin embargo, es un campo magnífico para quien, como él, sabe manejarlo con sapiencia, buscando la armonía tonal, quitando toda estridencia a la paleta y atemperando en un formal recurso, toda la gama que utiliza. Por fuerza su color tiene que mantenerse cálidamente atemperado, ya que la instancia del negro hace vibrar por dentro, la luz severa que reflejan los otros tonos dentro de una sencillez de medios que se manifiesta por una paleta nada extensa. Horacio Torres va construyendo sus telas dejándose llevar por una emotiva sensación que culmina aquí por la libertad de su trazo y color, en el "Autorretrato", tra-

nense como acentos puramente, dejando a la pintura y al trazo sopesarse por sí mismos, en una libertad graciosamente contenida por la línea, allí donde se hace necesaria su ubicación. Queremos con esto definir en algo la pintura de Horacio Torres, no sólo por la presente muestra, sino a través de tantas obras suyas que fueron llegando a este contenido, luego de pasar por otras experiencias de las que seguimos creyendo que ésta constituye la primordial, la que está aparejada a su temperamento y a su admiración por la pintura, de la que ha recibido influencias lógicas y, sin embargo, sostiene su nombre, de la que parece avenirse con su espíritu atento a la fluidez del toque, al feliz escamoteo de lo que deja adivinar con gracia y a la certeza de saber terminar ágilmente un cuadro.

Horacio Torres se ha embarcado en telas de grandes dimensiones y, junto con otros artistas jóvenes, como Ribeiro y Nantes, han dado a la pintura nacional un aporte que renueva el concepto de los grandes espacios pintados, sin tener contacto con el muro, sino como obra válida en su bastidor. En el conjunto actual, el pintor nos muestra aspectos de ella en una tela, "Figura", en la que planta con suelta mancha un arlequín —por lo demás, excusa como tema— para brindarnos bella ejecución, que se mueve entre la "grisaille" y el empaste animado con poco color, el suficiente para exigirle la armonía que envuelve el cuadro, sin acudir al cansancio de un trabajo de hermandad de tonos en pequeña escala. La soltura alcanzada por el artista, su don de pincel, emulan la seguridad que manifiesta con buen gusto en el trazo libre y la intención plástica, que lleva al encuentro del dibujo y al armado de la textura del color. Un "retrato" de sobrio contenido, nos pone en contacto con una obra, quizá de las mejores del expo-

nente. Es un busto de una joven perfilada en tres cuartos, con la mirada vuelta y donde la medida del color amasado en claroscuro es de neta virtuosidad, condición ésta que culmina en la ejecución de los ojos, donde la transparencia se resuelve por tono y no por color, reflejo o esfumatura.

Esta hermosa tela posee, además, en la vestimenta, una combinación de colores en cortos trazos que amalgaman una expresión fina y de calidad, a pesar de no estar hilado muy fino el color. En cuanto al cuadro que presenta una figura en actitud de danza, incomoda esa decoración del fondo, pesada, que no está a tono con la ligereza del vestido que, dicho sea de paso, es una nueva demostración de logro con el negro y donde se sabe las dificultades que existen para encarar las luces en tal tonalidad, así como sus variantes. La figura bien plasmada, puesta, mejor dicho, está dibujada y pintada, buscando en las manos una entretenida actitud que da motivo y oportunidad para desarrollar marcados acentos

expresivos.

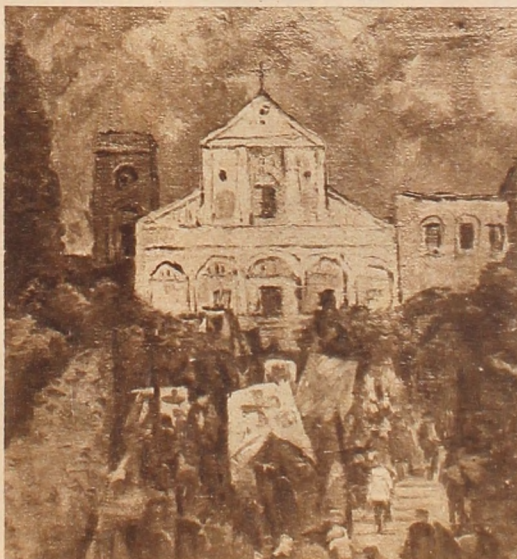
Posiblemente las carnaciones, a pesar de su empastada pincelada, se vean algo lavadas por el negro, que en parte "mancha" un poco la generalidad de la armonía. "San Miniato" y "Monasterio de Grecia", dos obras que, junto a las dos visiones de la Catedral de Notre Dame, dan una clara visión de otro de los aspectos de la personalidad de Horacio Torres. En ellos da el pintor cuerda a una tonalidad más rica en luz y en algunos aspectos ilumina el color en un determinado cromatismo, para expresarse más propiamente en el motivo que lo inspiró. Tal, las dos versiones de Notre Dame, sensibles pinturas a las que impregnó de una poesía triste y de reminiscencias románticas. Dos retratos de jóvenes nos parecen bastante más débiles que el nombrado anteriormente, más pequeños de concepto y sin la ágil movilidad de pincel y modelado.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DÍA)



Notre Dame. Oleo.



San Miniato. Oleo.



Figura. Oleo.



Rouen. La torre del reloj.



Las "calogees", chozas de paja construidas sobre bazaras de pescadores, fuera de uso.

A TRAVES DE LA NORMANDIA

¿POR qué razón sentiremos la mayor parte de los viajeros al llegar a Francia ese anhelo tan común de correr a París, dejando atrás en forma inexplicable cosas hermosísimas que apenas sentimos desos de conocer?

Será que hoy en día disponemos de tan poco tiempo para viajar que tenemos perderlo en algo que no nos interesa. Sólo sé que si por casualidad nuestro barco no hubiera atracado en el Havre, probablemente nunca hubiera conocido los paisajes maravillosos y las ciudades de la Normandía.

A pocos kilómetros del puerto dirigiéndose hacia el Norte, comienzan a elevarse entre la costanera y el Atlántico blancos acantilados de terciopelada textura, donde la erosión abre sin cesar brechas extrañas y arcadas colosales a través de las cuales brilla el mar. Pequeñas playas y ensenadas donde el pasto lleno de flores silvestres cubre casi la arena, forman el fondo abrupto cada vez más profundo que acompaña y recorta la costa al pie de los muros colosales de las "falaises blanches".

Pequeños pueblos casi escondidos entre los acantilados cubren las laderas más suaves descendiendo hasta la orilla misma de las playas con aguas tranquilas y transparentes.

Almorzamos en Etretat, uno de los más bonitos y pintorescos, lleno de viejas casitas normandas y un típico mercado antiguo repleto de canastos con fresas enormes y perfumadas, verduras de las chacras

vecinas, flores y plantas de todas clases. Otro aspecto muy distinto y original ofrece en la playa las curiosas "calogees", chozas de paja construidas sobre bazaras de pescadores, fuera de uso.

Sentados al sol en sus puertas diminutas algunos de ellos componen las redes perezosamente. Todo, está muy tranquilo y solitario en este lindo día de primavera. Probablemente en el verano estas pequeñas aldeas repletas de gente han de perder gran parte del encanto que disfrutamos hoy.

Subiendo por uno de los senderos que trepa el acantilado hay una vista magnífica. Surgen del mar los macizos de rocas en forma de torres, postales, cuevas profundísimas, uniéndose o separándose a veces de la costa como tristes columnas de una ruina colosal, destruida casi totalmente por los embates del océano.

Almorzamos en una deliciosa Rotisserie cuyas vigas están esculpidas con figuras y refranes muy desgastados por los siglos y la humedad del clima. Viejos muebles de cocina y cobres relucientes adornan el comedor, donde dos chicas muy prolijas y eficientes tienden la mesa, colocando frente a cada plato los pots de gres llenos de manteca fresca, terrinas de pâté casero y los infaltables platos de quesos de la región, como un anticipo del exquisito menú que nos espera. Me divierte observar ese clima y casero tan usual en Francia de convertir la hora de la comida en uno de los más grandes placeres.



Marché normando, repleto de canastos con fresas enormes y perfumadas.

Nº 115

OBRAS MAESTRAS

LAPAZ EXTRA

TORTOLA DE VALENCIA

CLAVIER & SAI

OTTO KOCH

L. SCHMUTZLER

Continúa el camino a Rouen, atravesando inmensas superficies sembradas de trigo y cebada, plagados de amapolas rojas. Sólo de cuando en cuando aparecen algunas charcas con sus enormes y vetustos techos de pizarra que descubren de un lado las bocas enormes de los graneros esperando la nueva cosecha. Árboles muy frondosos refrescan los patios llenos de útiles de labranza, sirviendo de refugio a las gallinas que vuelan asustadas al pasar el auto.

Atravesamos Fécamp con su gran abadía de los Benedictinos, origen del famoso licor y pronto comienzan a dibujarse en el horizonte las colinas de Santa Catalina, uno de los límites de Rouen, que desciende luego sobre el terreno ondulado para terminar cubriendo las dos márgenes del Sena inferior.

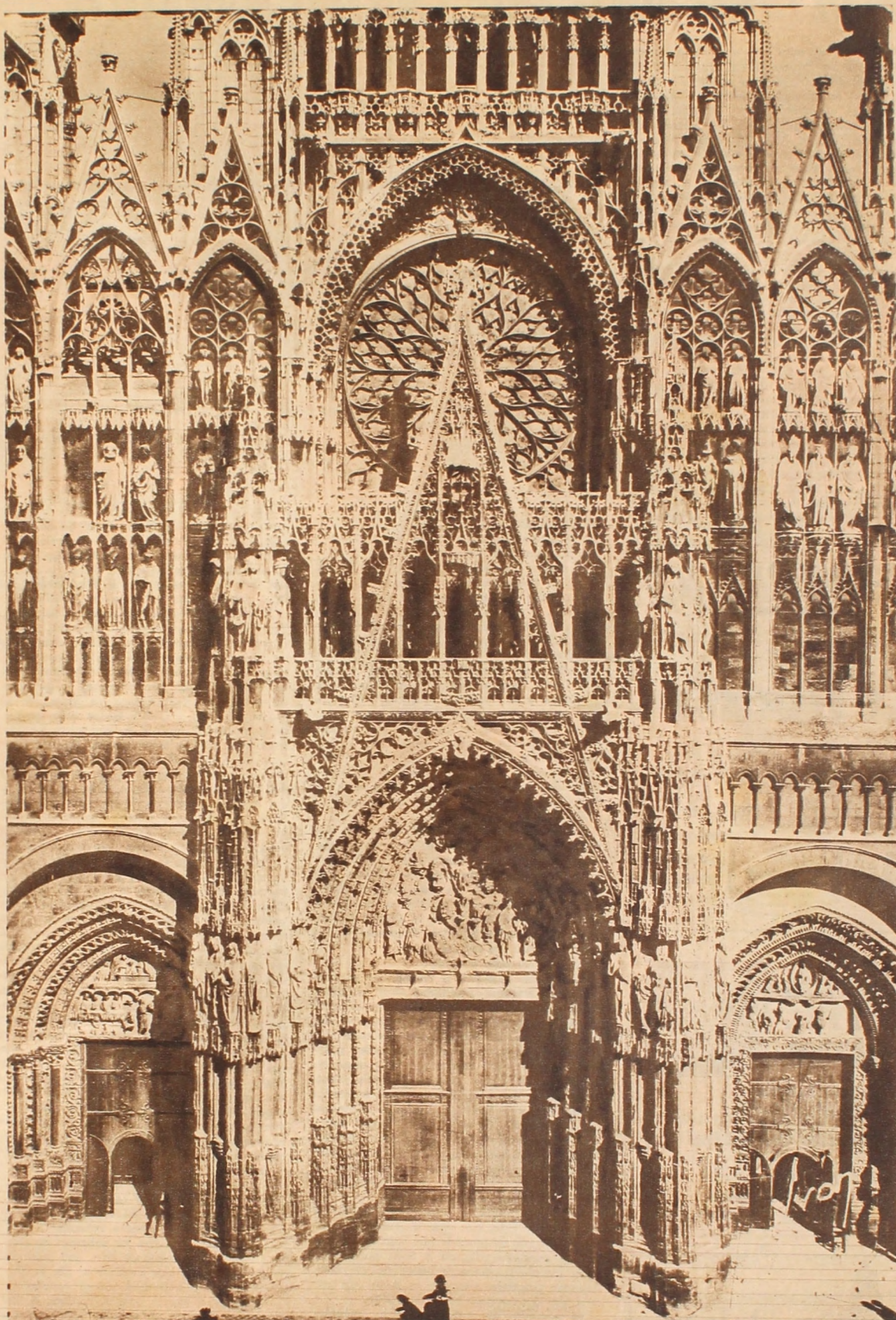
Realmente es una de las más agradables etapas entre el mar y París. Ciudad literaria e industrial donde frente a las casas que habitaron Flaubert y Corneille, visita obligada de los más grandes literatos del siglo XIX, se levantan hoy enormes fábricas modernas. Todo está lleno de actividad, bullicio y vida palpitante. Debajo de la arcada que sostiene el Gros Horloge corre una de las calles principales, tan angosta que apenas puede contener el tránsito incesante del barrio céntrico. Esto no parece afectar la marcha imparable del viejo reloj que desde la Edad Media marca en su esfera trabajada como un sol en llamas, las horas de paz y de guerra que ha vivido la ciudad. Y por cierto que no faltan en la historia de Rouen batallas y campañas que se suceden a través de los siglos, ganadas y perdidas por romanos, normandos y vikingos.

Cada esquina de los viejos barrios nos lleva a descubrir testimonios seguros como la torre de Juana de Arco, la puerta de Guillaume Lion, último resto de la muralla ruanesa, la preciosa fuente gótica construida por orden del cardenal de Amboise y que hoy descansa en paz en el precioso jardín del museo de antigüedades.

De cada época un recuerdo magnífico ya sea en forma de muralla, puente, monumento o iglesia y todo eso incorporado a la ciudad moderna en forma tan natural y sencilla.

Todos los tesoros artísticos que se han acumulado a través de los dos mil años de existencia se disfrutan como espectáculo normal en la vida diaria. Eso en realidad constituye el encanto más grande que tienen las ciudades europeas. Tampoco están muertas todas las cosas antiguas y si no que lo digan las casas normandas del siglo XV en la Rue Saint Romain, todas habitadas aún y con sus ventanas llenas de flores, o la imponente catedral de Notre Dame embellecida desde el 1201 por el aporte de cada nueva generación. Su portal principal obra de Roulan Le Roux, nos cuenta la creación del mundo en sus bajos-relieves magistrales, historia que se repite en los alargados vitraux de misteriosas luces, única iluminación de las inmensas naves góticas.

Hay museos originales como el de Le Serg de Tournelle, instalado en la iglesia St. Laurent, saqueada en tiempo de la revolución francesa, donde con un buen gusto exquisito se exhibe una de las colecciones



Portada central de la catedral de Rouen.

mas curiosas y completas de toda clase de objetos de hierro forjado. Otro viejo palacio sirve para exponer las bonitas cerámicas del "Vieux Rouen", primera etapa en la evolución cerámica de Francia y todas las búsquedas posteriores hasta lograr la porcelana de Limoges. Esculturas románicas y góticas de las iglesias o castillos de Normandía, esmaltes, alhajas y marfiles, todo intimamente ligado a la historia de Francia.

¡Qué fina sensibilidad y perfección de

artesanía reunían los artistas plásticos de esa época!

Dejamos Rouen con pena.

Desde la altura se ve la ciudad iluminada y el Sena que la divide como una cinta brillante. Los innumerables campanarios se recortan oscuros sobre el cielo, pero todo lo demás, todas las cosas importantes que hemos conocido han quedado aprisionadas en la ciudad, celosamente guardadas y protegidas.

Sin embargo, en cierta forma llevamos

parte de todo eso con nosotros. Esas impresiones estéticas dejan un sedimento positivo tan sano como la emoción que provocan y más de una vez en la vida nos ayudará a comprender mejor el significado profundo de una vieja civilización: cuánto cuesta alcanzarla y porqué se lucha a veces encarnizadamente por conservarla.

Perla B. de ALEMANN.

(Especial para EL DÍA).
París, noviembre 1959.

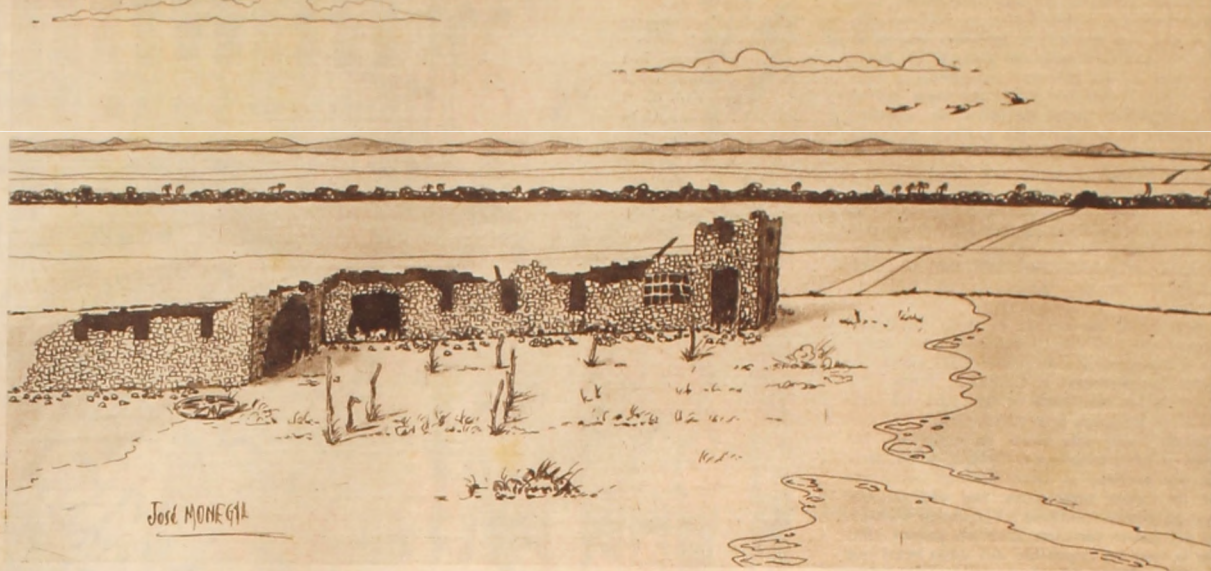


Macizos de rocas en forma de cuevas y torres.

EL ULTIMO SOLO QUE CARTEO BARBOZA

El camino ascendía casi una legua huyendo a las puntas de la Cuchilla Seca, serpenteando entre piedras enormes o espesas "islas" de arbustos espinosos; y se aplastaba en el "Alto de Torres". Carrero, tropero o caminante que hasta allí llegaba, —yendo del Sur— apurando la angustia de ruedas, ejes, o patas de caballo al empujarse por aquel repecho tremendo, tenía amplia compensación, no sólo en el reposo ofrecido por el alto famoso sino en el maravilloso paisaje que lo ceñía. A espaldas las lejanías onduladas de cerros, quebradas de sierras, punteadas de estancias; al frente, rozando las caídas de la cuchilla, el tupido monte del Sauce Grande con la boca del Paso de Amilivia; por ella desaparecía la culebra del camino, para aparecer allá lejos estirándose en ondulantes trazos al esfumarse en los horizontes del Norte...

En el mismo centro de esa gigantesca atalaya había levantado una pulpería el gallego Torres, de quien el alto tomó el nombre. Con dos negros, algunos fierros y mucha energía cortó piedras, trozó árboles, abatió pajonales, y batió la tierra; y la casa se alzó tiesa y firme. El cruce se hizo paso obligado. Carretas y jinetes endurecieron un amplio patio frente al comercio, con su galpón, su enramada, y sus palenques. Ya casa hecha y prestigiosa, con clientela permanente, la pulpería de Torres creció y éste, con algunas canas rayándole el



José MONEGAL

negro cabello, merced a su dinámica y a su tesón transformó en pago de renombre aquella comarca desolada.

A dos o tres cuadras de allí fue haciéndose un rancho que al agrandarse necesitó policía. Llegó el segundo de la Sierra, un cabo, y dos milicos, autoridad sin poder sobre los contrabandistas y cuatreros que poblaban la mayoría de las sórdidas viviendas.

Todos los atardeceres, fuera el tiempo que fuera, iban al comercio el segundo de la Sierra y el "teniente Barboza". El policía era hombre apesadado, grave, de vivísimos ojos claros; el teniente, requemado, de lacia melena retinta, bigote caído y cerdudo, y ojos oscuros, encuevados. A su rancho llegaban periódicamente dos paisanos jóvenes —que él trataba de sobrinos—. Se decía que el teniente dirigía una gran cuadrilla...

Llegaban, pues, como dijimos, estos dos hombres, y con el gallego Torres se pegaban a una mesa y hasta muy oscuro cartaban un solo, reconcentradamente. Los tres eran maestros en este juego. Antes de las buenas noches el patrón convidaba con algunos sólidos y de la Sierra y Barboza con algunos líquidos. Durante el juego un negrito les cebaba mate.

Y pasó un año, y otro...

El gallego comenzó a rimir un presentimiento: Barboza meditaba algo siniestro. Cada tanto le aparecía a flor de boca el mismo comentario sobre la burra y el oro que guardaba. Lo hacía como gastando una broma o una ironía; pero a cualquier palabra de Torres las orejas parecían tenderse hacia adelante para recogerla íntegra. También de la Sierra conocía lo que presentía el gallego y lo que oscuramente maquinaba el teniente. Y el teniente buceó hasta que el pulpero y el segundo, sin quererlo, le entregaron sus sospechas. Y entre solo y solo con cartas tapadas iban haciendo el otro juego con cartas no muy vistas, pero en lances irreprochables.

El gallego tenía en efecto una burra en su cuarto y éste, con reja al campo, se comunicaba con el interior por sólo una puerta con candado colgado a toda hora cuya llave pendía permanentemente de su cinto. Además guardaba siempre a mano una pistola de dos caños, bien encebada.

El segundo al enderezar a la pulpería pasaba frente al rancho del teniente, quien lo esperaba de caballo ensillado para marchar juntos. Y juntos volaban, con luna o sin ella, con nubes o con estrellas. De la Sierra, antes de arrimarse al puesto rodeaba unos baldíos y observaba el movimiento de Barboza; hasta que éste desmenuzaba y la luz del candil dejaba de filtrarse por entre las grietas de ventanas y puertas no se iba al rancho policial; ¡y todo esto lo sabía el teniente!

Y así pasaban los días de solo en solo, tenso el acecho, en una espera que a veces le parecía ridícula al pulpero y al segundo cuando se preguntaban si todo aquello no sería como un embrujo, un error de sus instintos. Y el mismo Barboza a veces tam-

bién sentía un cansancio inútil. El no vivía mal; con los sobrinos, y otros, hinchaba el cinto. Pero la burra estaba llena de onzas. Y con esas onzas redondas, duras, y lustrosas, que no se ajaban ni se ensuciaban, podría comprar una estancia en el Brasil...

Y el gallego, tacaño y recio, el segundo, legal y duro, y el teniente siniestro y ambiguo iban trazando el silencioso drama de su vida; se impusieron tres firmes determinaciones: Torres se dijo: —Podría aventarlo de mi casa; pero esperaré a que culmine su plan y le volaré los sesos; de la Sierra se dijo: —Deba cortar este pasmo; pero lo quiero agarrar de una sucia así termino con él y su comparsa de delitos; Barboza se dijo: —Esta penca tengo que ganarla, ahora es capricho. Les pegaré golpe doble: a la miseria del gallego y a la ley del segundo. Las onzas me hacen cosquillas; pero más me hace el saber que valgo más que ellos. Yo les voy a enseñar cómo un zorro vale más que dos perros.

En uno de los ranchos vivía Cleta Acosta, mujer de un mulato merodeador de estancias, conocido por el Lagarto Negro. Cleta tenía una hija que no llegaba a los veinte, cuya belleza estallaba por sobre la mugre de sus trapos. Barboza, y no sólo Barboza, observó que cuando ella entraba en la pulpería con una canasta de retorcidos mimbres para llevar la compra, el gallego escapaba del solo para irse, en ojos, hasta la chinita aquella. A veces protestaba por las palizas que el hombre de Cleta le daba. El rancho se conmovió bajo el sonar de los largos ayes de la "Breva" —como llamaban a la joven—, los alaridos de Cleta defendiendo su hija, y los gruñidos del mulato, airado por los "retobos" de la moza. Hasta el pulpero llegaba aquel tifón de pasiones oscuras; y le venían —sin sospechar de dónde venían— ímpetus de pasar la puerta y arreglar violentamente aquello...

Y el teniente hizo de la Breva línea básica de su plan. Habló mucho con ella, la amansó, la convenció. El segundo comenzó a sacarle punta a aquella relación.

Una mañana llegaron los sobrinos de Barboza con tres caballos de tiro, que más parecían de penca que cargueros. De la Sierra estudió la actividad en el rancho de Barboza, pero siguió con su rutina. A las cinco hizo ensillar su caballo y puso rumbo al comercio. Como siempre Barboza lo esperaba.

—Me parece haber visto a sus sobrinos, teniente...

—Si señor, hoy llegaron. Y... siguiendo el vaivén de siempre...

—Medio oscuro el vaivén ese, ¿no teniente?

—Mire, segundo: ningún vaivén pa mí tiene color...

Llegaron y solearon como siempre. Pero algo vio Torres en el mirar de Barboza.

Volvió el segundo y teniente. Dijeron como siempre las buenas noches. Todo era como todos los días. Pero en el rodeo que volapadamente hacía de la Sierra vio, perdidos en las sombras, seis caballos a sogas.

Y el candil en el rancho de Barboza no se apagó...

Entonces buscó un lugar oscuro, se apeó, y maneó. Hizo un cigarro. Las horas pasaban sacudidas por grillos y sapos. Del monte llegaban a veces gritos extraños. Hasta que observó un velado movimiento. Los vio ensillar y enderezar al alto. Los siguió de lejos. Miró cuando una mujer se les juntó en el sendero.

Media cuadra antes de llegar a la pulpería desmontaron. La mujer avanzó sola. Y súbitamente, quebrando la noche, sus gritos se alzaron, y la puerta del comercio sonó bajo sus golpes.

—¡Abram! don Torres, ábrame, don Torres! ¡El Lagarto me quiere matar, el Lagarto me quiere matar!

Los tres ya estaban junto a ella, ocultándose. De la Sierra, que también se había apeado, fue acercándose casi a rastras. Se abrió la puerta de golpe. Los tres atropellaron; pero el segundo botó como una pelota, atravesó el calvero en tres saltos, y también ganó la puerta. Adentro, alumbrados por una lámpara de mecha, rodaban los cuatro. La Breva pasmada e inmóvil miraba el drama.

Con el grito agudo que emitió el segundo se oyó un estruendo. Los sobrinos se irguieron. De la Sierra tendió a uno de los disparos. El otro a su vez tiró sobre él que sintió el feroz chicotazo del plomo en el vientre. Hombre y mujer huyeron. Se oyó el apurado chocar de cascos contra el suelo. Y después un trágico silencio.

Torres, empuñando aún una pistola humeante, y uno de los mozos, yacían a lo largo del piso, desangrándose por horrendas heridas. El teniente había conseguido sentarse; también se iba en sangre que le salía de una boca abierta en el pecho. Todavía apretaba un largo puñal. El segundo se enderezó afirmándose en los codos. Torres hipó un instante, cerró sus ojos, se estremeció... Barboza miró intensamente a de la Sierra que también le clavó su clara mirada acerada, punzante. El teniente habló en pausadas palabras:

—El mejor solo que cartié en mi vida, segundo... le había calculado hasta la última baza... pero el gallego me hizo un arrastre... y usté me cortó una manilla...

+

Poco a poco fue desapareciendo la pulpería del Alto de Torres pues con el gallego concluyeron la energía y la disciplina que allí campearon. Después que los del rancho llegaron lo último que quedaba se empezó a llenar de yuyos y de lagartijas. La sombría población que se había hecho a su amparo fue montón de tapetas. Por último no quedaron allí sino algunos perros y gatos que se volvieron chúcaros.

Hoy impera la desolación antigua: el alto con su solitaria, salvaje, y espléndida belleza.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

Dibujo del autor.

RECUERDE UD.

El Hogar

LA SUPER CERA

QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA y
DESINFECTA
SUS PISOS.

CLINICA DENTAL YAGUARON

PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533
(A mitad de cuadra)
CASI PAYSANDU

Palacio SALVO HOTEL

EL MAS CENTRICO

PLAZA INDEPENDENCIA 940

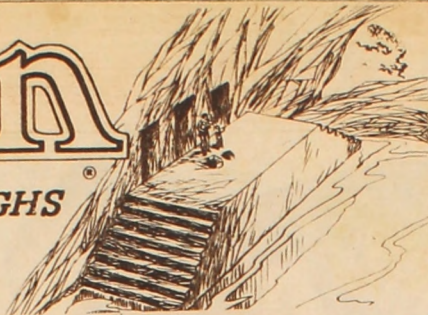
Montevideo

Telef. 8 22 56 - 58

Tarzan

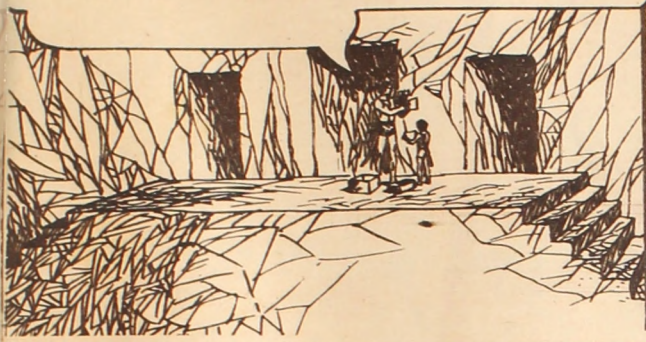
por **EDGAR RICE BURROUGHS**

LAS GRANDES CAVERNAS GUARDABAN EL PREHISTÓRICO SECRETO. POR MILES DE AÑOS HABÍAN PERMANECIDO ALLÍ ESCONDIDOS LOS TES-
TIMONIOS DE UNA EDAD DE COBRE Y UN PREHISTÓRICO LENGUA-
JE QUE LOS CIENTÍFICOS DESCONOCÍAN.



5000 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR, HOMBRES PREHISTÓRICOS TRABAJABAN EL ORO Y EL COBRE PARA CREAR UNA VERDADERA CIVILIZACIÓN.

CUANDO EN CONTRASTE ESA ENTRADA A LA CAVERNA DE CUARZO DEL REY, ITO, HICISTE UN GIGANTESCO DESCUBRIMIENTO HISTÓRICO... UNA INDISCUTIBLE EVIDENCIA DE UN PRIMITIVA EDAD DEL COBRE.!



LOS CIENTÍFICOS, HACE CIENTOS DE AÑOS, ENCONTRARON RASTROS DE UNA EDAD DE PIEDRA Y UNA EDAD DE HIERRO, PERO EL DESTINO TE RESERVO ESTE DESCUBRIMIENTO DEL QUE NADA SE SABE! ACÁ VIVÍA GENTE QUE CONOCÍA EL SECRETO DEL COBRE Y SABÍA HACER HERRAMIENTAS CON ÉL.!



AÚN MÁS IMPORTANTES SON ESTOS PLATOS DE COBRE GRABADOS CON SÍMBOLOS DE ESTA CIVILIZACIÓN DESCONOCIDA. HE-MOS ENCONTRADO HISTORIA PERDIDA.!!



ESTA GENTE ESCRIBÍA EN CLAVE... UN PRIMITIVO CÓDIGO MORSE, QUE AHORA SE USA PARA ENVIAR TELEGRAMAS.!



¿COMO EL BRUJO QUE USABA EL TAMBOR PARA ENVIAR MENSAJES. GOLPES CORTOS Y GOLPES LARGOS?



EXACTAMENTE, ITO, EL TAMBOR PUEDE SERVIR PARA ENVIAR MENSAJES EN CLAVE. LOS PUNTOS SON GOLPES CORTOS Y LAS RAYAS GOLPES LARGOS. 'BUM, BUUM.

BILL ELLIOTT JOHN CELARPO

-1461

EL PUEBLO DEL REY DE ORO, A DIFERENCIA DE LOS OTROS PUEBLOS PRIMITIVOS, TENÍAN LENGUAJE ESCRITO. AQUÍ EN ESTOS PLATOS. PUNTOS Y RAYAS. NUESTRO PROBLEMA ES LEER LO QUE NOS DEJARON ESCRITO.!



DEJAME VER SI YO PUEDO. RAYA RAYA PUNTO. PUNTO RAYA PUNTO RAYA. PUNTO PUNTO RAYA RAYA RAYA.!!!

ITO, CREO QUE ESTÁS EN EL RASTRO DEL LENGUAJE DE ESTA GENTE. PUEDE QUE ESTE PUEBLO PREHISTÓRICO HABLARA ASÍ. CON SONIDOS EN LUGAR DE PALABRAS.!



VAMOS A LEERNOS LOS BUMS UNO AL OTRO A VER SI ENTENDEMOS LO QUE DICE.!

DESCUBRIRÁN TARZÁN E ITO EL LENGUAJE DE BUM BUM DE ESA CIVILIZACIÓN PERDIDA?



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

Toddy

No tiene,
ni puede
tener similares



50 AÑOS



REGALOS

al alcance
de todos...
los
bolsillos,
en las
3 Avenidas.

